

Comunidades imaginadas y literaturas

Anne-Marie Thiesse

ÉCOLE NORMALE SUPÉRIEURE

CENTRE NATIONAL DE LA RECHERCHE SCIENTIFIQUE (CNRS)

athiesse@ens.fr

Recibido: 20/07/2017

Aceptado: 15/03/2018

RESUMEN

La formación de las naciones modernas transformó la Europa del siglo XIX. La literatura desempeñó un papel de primer orden en el desarrollo del sentimiento de pertenencia nacional, pero, además, estuvo profundamente marcada por el hecho nacional. La historia literaria y la definición del genio nacional se han encontrado en el corazón de los procesos de «nacionalización» literaria.

Palabras clave: literaturas nacionales, nacionalismo, identidad, Europa, transferencia cultural.

ABSTRACT. *Imaginary communities and literature*

The European continent was transformed by the formation of modern nations during the 19th century. Literature contributed intensively to develop the growing feeling of national belonging; conversely it underwent deep changes linked with the goals of nation-building. The conception of the history of literature and the definition of national spirit were at the core of the processes determining the «nationalisation» of literatures.

Keywords: national literature, nationalism, identity, Europe, cultural transference.

SUMARIO*

Introducción

La nación: principio político y comunidad cultural

La literatura como representación y encarnación de la nación

Historia literaria y genio nacional

Los dos cuerpos del escritor

Referencias bibliográficas

Autor para correspondencia / Corresponding author: Anne Marie Thiesse, École Normale Supérieure, Unité de recherche UMR 8547. 45 rue d'Ulm, 75005 París.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Thiesse, A.-M. (2018). Comunidades imaginadas y literaturas. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 132(2), 119-124. DOI: <http://doi.org/10.28939/iam.debats.132-2.11>

* Con el consentimiento previo de la autora, Anne-Marie Thiesse, autorizamos la cesión gratuita para la traducción y publicación del artículo siguiente: «Communautés imaginées et littérature», en *Romantisme, Histoire culturelle / Histoire littéraire*, n.º 143, 2009, p. 61-68, © Armand Colin, París, 2011.

Dicha cesión queda sujeta a la mención completa e imperativa de los créditos y derechos de autor que se indican más arriba y al envío a la autora, así como a nosotros mismos, de este artículo una vez publicado.

Artículo traducido por Irene Milián.

INTRODUCCIÓN

El surgimiento de una nueva forma de organización social, la nación, transformó la Europa del siglo XIX. La literatura desempeñó una importante labor en el desarrollo del sentimiento de pertenencia nacional, pero a cambio, estuvo profundamente marcada por el hecho nacional. El estrecho vínculo que se estableció en el siglo XIX entre literatura y nación se tradujo en la instauración de un espacio internacional de las literaturas nacionales que todavía hoy organiza la aprehensión de la literatura, la estructuración de la enseñanza literaria o las clasificaciones de las bibliotecas.

LA NACIÓN: PRINCIPIO POLÍTICO Y COMUNIDAD CULTURAL

¿Qué es una nación? ¿Es una forma de organización política, secular, basada en la asociación contractual de individuos, o es más bien una comunidad definida por sus orígenes y su cultura? Contrariamente a un lugar común de moda estos últimos años, no podemos oponer una definición de la nación puramente política, llamada francesa, y una definición cultural, llamada alemana. Porque la nación, en la concepción moderna del término, siempre se define en el orden político y en el orden cultural. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano proclamada el 26 de agosto de 1789 enunciaba la definición política de la nación como un cuerpo político soberano, compuesto de individuos libres e iguales en derechos. Pero no ofrecía los criterios que permitieran distinguir una nación de otra, de trazar los límites entre la nación francesa y aquellas que debían formar los otros pueblos del continente. Fue en el terreno cultural donde se definieron los fundamentos de las diversas naciones y los criterios de distinción entre nación francesa, alemana, española, italiana, etc. La concepción moderna de nación resulta de la asociación entre un principio político —universal y abstracto— y una definición cultural —individualizadora y concreta—. Es esta unión, que constituye un *universal de lo individual*, la que permite entender la generalización del principio nacional. Así pues, la nación moderna es un cuerpo político establecido en una comunidad cultural. El cuerpo político solo es estable y eficaz si el sentimiento de pertenencia a la comunidad

cultural, es decir, la identidad nacional, está sólidamente anclado en los individuos que la componen. En efecto, una parte importante de la concepción moderna de la nación se efectuó en el marco de una reflexión sobre la cultura, y en particular sobre la lengua y la literatura. El teólogo Johann Gottfried Herder (1744-1803) fue uno de los teóricos más destacados. Su reflexión se basaba en unos hechos y en una revuelta, también expresados a menudo por otros eruditos europeos del siglo XVIII: la posición hegemónica de la literatura francesa no dejaba a las otras literaturas más que en la humillante situación de imitación más o menos afortunada (Herder, 1777). Herder afirmaba, por el contrario, que el valor de una literatura nacional no se debía a su grado de proximidad con el modelo dominante, sino a su enraizamiento en las profundidades del genio nacional. Gran admirador de Ossian, consideraba que la literatura contemporánea debía reformarse buscando su inspiración en las obras originales, diseñadas en una época en que la lengua, la poesía y el pueblo eran uno. Esta concepción de la nación y de la cultura sustituía a un universalismo que se basaba en la supremacía de un modelo único, el de una multiplicidad de naciones culturales, iguales en valor y dignidad en la medida que eran fieles a su propio espíritu. Las obras de Herder, que ejercían una profunda y duradera influencia en la evolución literaria europea, fueron traducidas en Francia, solo parcialmente, en el siglo XIX, pero pasaron por múltiples intermediarios (Staël, 1800; Péniisson, 1992).¹

Así pues, durante el siglo XIX, en el conjunto del espacio europeo se desarrollaron las literaturas nacionales, explícitamente concebidas como tales. Esto no implicó la suspensión de los intercambios literarios a través del continente; muy al contrario, las literaturas nacionales se elaboraron en el contexto de una circulación transnacional rápida e intensa de las teorías, temas y estilos. Los escritores de las diferentes naciones, comprometidos con la elaboración de estas literaturas, estaban en relación los

1 En 1827-1828 se publica en París en el grupo Levrault, *Idées sur la Philosophie de l'Histoire de l'Humanité*, traducido por Edgar Quinet. Ha sido recientemente cuando las obras principales de Herder se han traducido al francés («Transferts culturels franco-allemands» y «Herder et la littérature nationale»).

unos con los otros, se leían, se traducían y a menudo se plagiaban (Espagne, 2000; Thiesse, 1999).

Francia se situaba en un espacio particular en este movimiento general de creación de las literaturas nacionales, ya que el mismo partía de una ofensiva dirigida contra la cultura francesa clásica y su posición hegemónica. Pero la proclamación política de la nación francesa implicaba la ocupación de un lugar en el espacio competitivo de las culturas nacionales en formación, deseosas de la llegada de nuevas naciones políticas. Efectivamente, los escritores franceses nacidos al comienzo del siglo XIX concibieron en ocasiones la «nacionalización» de la literatura, en base al modelo que se desarrollaba en Europa, como la necesidad de superar un retraso, y extrajeron de las literaturas nacionales extranjeras todos los recursos necesarios para la redefinición nacional de la literatura francesa. En muchos aspectos, el romanticismo francés fue un movimiento consciente de *adaptación a las normas internacionales*, es decir, modernas, de la literatura. En Francia, las representaciones de obras de Shakespeare o de Schiller, las traducciones e imitaciones de poetas y novelistas contemporáneos fueron, para los escritores franceses y su público, un aprendizaje de estilos, de formas, de métricas y de temáticas nuevas. Por mencionar un ejemplo: Charles Nodier imitó en su juventud a Goethe y a Ossian, antes de descubrir entusiasmado el *Romancero español*, a Shakespeare y a Walter Scott. Y sus artículos de madurez indicaban que las experiencias extranjeras en materia nacional debían incitar a los franceses a hacer lo mismo urgentemente. A propósito de Walter Scott y del interés de los ingleses por su patrimonio histórico, en un artículo publicado en *La Quotidienne* el 3 de junio de 1823, Nodier exclamaba: «Gracias sean dadas al cielo por nuestro entusiasmo literario por la patria de los ingleses. Así quizá algún día recordemos que los franceses tienen una patria».

El escritor se propuso, con ahínco, hacer conocer al público francés los principales componentes del patrimonio cultural nacional: los monumentos históricos, los grandes episodios de la historia nacional, los cantos y tradiciones populares o la literatura de la Edad Media y del siglo XVI que había desprestigiado la estética clásica.

Efectivamente, el programa de Nodier abarcaba uno de los grandes campos de acción de la literatura en la construcción nacional.

LA LITERATURA COMO REPRESENTACIÓN Y ENCARNACIÓN DE LA NACIÓN

Sobre la literatura nacional recae una ardua tarea. Participa en la construcción de esta *imagined community*, comunidad imaginada que constituye, según la famosa fórmula de Benedict Anderson, la nación moderna (Anderson, 1983; 1996). La mayoría de los miembros de esta comunidad, explica el autor irlandés, jamás estarán en contacto los unos con los otros: sin embargo, en todo momento está presente, en cada uno de ellos, el sentimiento de pertenencia al grupo. La elaboración de un espacio público, difundido sobre todo por diversas formas de sociabilidad (café, asociaciones, cenáculos), permite garantizar este conocimiento mutuo virtual (Habermas, 1962; 1993). La prensa, en su extraordinario desarrollo durante el transcurso del siglo XIX, desempeña un importante papel en la constitución y la expansión social de un espacio de debates y de temas en común (Thérenty y Vaillant, 2001; 2004). La literatura, sobre todo a causa de la expansión del género novelesco, nos permite representar la *psique* y la vida de los otros miembros de la comunidad, problematizar y analizar los nuevos lazos que unen a los individuos de la sociedad de clases, así como participar en un *comercio de sociedad*. Una sociabilidad ficticia intensifica y consolida la sociabilidad real, tanto al nivel de los escritores como al de los lectores.

Sin embargo, la nación moderna se basa en una ambivalencia: es una organización social secular en el seno de la cual se producen mutaciones radicales en el terreno económico y social en el siglo XIX, pero también se concibe como una comunidad de origen y de cultura, determinada por antiguos ancestros, que atraviesa los siglos manteniendo intacto el patrimonio indiviso de valores y de cultura concretos. En pocas palabras, la nación, tal como se concibe desde el siglo XIX, corresponde a una comunidad estable —de sobra mítica— en la que se desarrolla una nueva sociedad de individuos. Por consiguiente, la literatura, como las otras formas culturales, debe representar

estas dos dimensiones de la nación; elabora y difunde las modalidades de percepción, de aprehensión intelectual, afectiva y estética de la sociedad moderna de individuos; pero también se supone que manifiesta el espíritu nacional y realza el patrimonio común.

Ofrecemos a continuación algunos ejemplos que ilustran este último punto: el concepto de monumentos históricos nacionales no es anterior a la Revolución francesa y fundamenta el principio de una propiedad moral de la nación sobre determinados edificios antiguos, considerados elementos de una herencia colectiva. Pero este principio solo cobra fuerza cuando la nación reconoce esta herencia como un bien preciado. Victor Hugo, haciendo de una catedral la heroína epónima de una novela, daba a sus lectores una lección magistral de historia medieval y de historia del arte antes de exclamar: «Conservemos los monumentos nacionales. Si es posible, inspiremos a la nación el amor por la arquitectura nacional» (Hugo, 1963: 242). Existen numerosos textos literarios que han elaborado y difundido esta nueva educación histórica y estética, enseñando al público a mirar, describir, venerar el patrimonio y permitir su apropiación colectiva. Las abundantes descripciones paisajísticas de las novelas del siglo XIX, así como la celebración poética de los parajes también participaron en una educación de la mirada, enseñando a ver y a alabar la belleza de las tierras y de los lugares que hasta ese momento solo se tenían en cuenta desde una perspectiva mayormente utilitaria. Las grandes empresas de protección de los paisajes y lugares, ya fueran creadas por el Estado o por asociaciones, no habrían existido sin esta pedagogía estética.

HISTORIA LITERARIA Y GENIO NACIONAL

La nación se ha entendido como un ser colectivo de orígenes muy antiguos: su existencia se muestra a través de los siglos, pero se concibe como estable a través de sus transformaciones, su espíritu propio y su genio, que son intangibles. Este singular vínculo temporal se traduce en la concepción de la historia literaria. Siguiendo el ejemplo de la historia nacional en general, tal y como se elaboró a partir de los años 1820, que abarca todos los siglos y no deja ningún

vacío, la historia literaria debe producir y poner de relieve un conjunto de obras que correspondan a cada periodo de la historia nacional, pero al mismo tiempo, esta serie de obras debe resaltar la permanencia y la particularidad del genio nacional.

La historia de una literatura es la historia de lo que, en las obras literarias de una nación, no ha dejado de ser real, de estar vivo, de obrar sobre las almas, de formar parte de manera esencial y permanente de la enseñanza pública. Pero esto mismo, ¿no es el fondo, no es el alma de una nación? [...] He querido comprender, desde una mirada clara y decidida, sin paradojas ni retóricas, lo que hay de constante, de esencial, de inalterable en el espíritu francés. [...] Al reconstituir la historia de lo que ha durado, no ignoraré lo que ha habido de cambiante, de caprichoso, de exótico en el espíritu francés de determinadas épocas. Pero lo haré para proteger al lector y evitar que dedique tiempo a esos inútiles escritos con esas características, tiempo que la época en que vivimos nos entrega parcamente y que no es suficiente para proveernos de lo indispensable (Nisard, 1854: 9-10).

De esta manera, puesto que se inscribe en un contexto nacional, la historia literaria es menos histórica que geográfica: dibuja las fronteras de un espíritu nacional, constante a través de los siglos. Conocemos la dureza de las polémicas, a finales del siglo XIX, para definir las características de la originalidad francesa en las artes y las letras, cuando estaba viva la reivindicación proteccionista frente a la competencia extranjera (Charle, 1998). El público francés se educa frecuentando al genio nacional, pero también se expone a la degeneración por el consumo de obras extranjeras. «Las literaturas perfectamente desordenadas de Inglaterra y de Alemania no convienen a los jóvenes franceses» (Fouillée, 1898: 21-22).

LOS DOS CUERPOS DEL ESCRITOR

La coronación del escritor francés en el siglo XIX encuentra la misma dificultad. El escritor consagrado es al mismo tiempo un contemporáneo y una encarnación del genio nacional perenne. El escritor entra en un régimen de singularidad, cosa que puede provocar

un fuerte interés por su biografía, pero también se define como la perfecta encarnación del genio nacional. Su obra es aplaudida como el resultado de una individualidad excepcional y como una quintaesencia del espíritu nacional en la que los miembros de la comunidad nacional pueden estar en sintonía. Esta dualidad compatible fue estudiada por Pierre Boudrot en una investigación acerca de las asociaciones creadas en Europa, desde el siglo XIX, alrededor de la celebración del escritor (Boudrot, 2007).² El estudio muestra que las asociaciones de celebración de un escritor aparecen tardíamente en Francia, en comparación con Alemania o Reino Unido. Salvo por una Sociedad Raciniana fundada en 1841, no existía ninguna otra asociación de este tipo antes del auge que se produjo en la Tercera República. A mi juicio, este retraso es imputable a la nacionalización de la cultura de compromiso desde el Antiguo Régimen: el trabajo de nacionalización cultural se deja a cargo del Estado, desde la Monarquía de Julio, mientras que en otros estados es competencia de asociaciones patrióticas. Por otra parte, el proceso de nacionalización de la literatura francesa aparece como una prioridad para la puesta a nivel en el espacio de las literaturas nacionales, pero no cesa de encontrarse con la reafirmación de la antigua universalidad de la literatura francesa anclada en las bases del clasicismo, que la enseñanza de la literatura en Francia sostuvo hasta la Tercera República. Cuando se funda la Sociedad de Textos Antiguos Franceses en 1875, imitando a la Sociedad de Textos Antiguos Ingleses —que la precedía desde hacía once años—, el discurso de apertura pronunciado por Gaston Paris retoma precisamente los dos elementos recurrentes del argumentario que apelan al compromiso con el servicio de la literatura

nacional, a saber, la necesidad de posicionarse en un espacio internacional competitivo y la exigencia patriótica de una educación con vistas a lo nacional:

(Esta sociedad) tiene como objetivo dar a conocer mejor la antigua Francia; quiere que Alemania ya no sea el país de Europa donde más se imprimen obras de nuestra lengua y de nuestra literatura de otros tiempos; quiere resucitar el lenguaje simple, los sueños heroicos, las alegres risas, las viejas costumbres de nuestros padres, necesita el apoyo de todos aquellos que comprenden la importancia de la tradición, de todos aquellos que saben que el cariño hacia nuestros antepasados es el sentimiento más fuerte de una nación, de todos aquellos defensores del nivel intelectual y científico de nuestro país entre los otros pueblos (ap. Boudrot, 2007: 221).

El deber cívico de la nación (miembros y gobierno) hacia su literatura está en la base de las políticas culturales modernas. Por otro lado, el estado nación, tal como se constituyó en el siglo XIX, es el contexto por excelencia en el que se puede elaborar una protección de los derechos jurídicos y económicos de los autores. Las instituciones y empresas que gestionan la vida literaria, revistas, salones, editoriales, teatros, academias y premios son principalmente nacionales. El público nacional es el primer destinatario y consumidor de las obras. Los campos artísticos y literarios, tal como se constituyeron en el siglo XIX, son ante todo campos nacionales. Las circulaciones transnacionales no están abolidas, sino controladas por una serie de dispositivos legales y una sutil «diplomacia» que enmarca los cruces fronterizos (Wilfert, 2002). Todavía en 2002, aun cuando las empresas editoriales estaban ampliamente internacionalizadas, el desmantelamiento del sector editorial de Vivendi-Universal provocó en algunos escritores una fuerte oposición contra la posible reanudación a cargo de editores extranjeros, que se supone carecían de consideración por la producción literaria francesa.³

2 Boudrot distingue tres figuras del escritor representadas por estas asociaciones: la primera de ellas es el héroe, mediante el cual, un grupo, generalmente una nación en proceso de construcción, concibe su unidad y su singularidad (estos usos del escritor-héroe predominan en el periodo de 1800 a 1890); en segundo lugar, tenemos el escritor clásico: la obra destaca más que el escritor, y se le otorga una función fundadora de la literatura nacional, de la cual define los fundamentos y los cánones (usos que se dan sobre todo en el periodo que va de 1840 a 1914); finalmente, encontramos el escritor mortal: lo que despierta el interés es la atracción emocional por una originalidad destacada (esta fase comienza en 1880 en las naciones constituidas en Europa occidental).

3 Para una solución «francesa» acorde a las reglas de la competencia de la Unión Europea, Editis se dividió; una parte fue adquirida por Hachette Livre y, la otra, por el fondo Wendel Investissement. Este último revendió en 2008 su adquisición editorial al grupo español Planeta. Ver Mollier (2008).

«Ninguna nación sin literatura»; «ninguna literatura que no sea nacional»: la producción literaria del siglo XIX estuvo determinada por este doble principio incluso cuando en Francia el proceso de nacionalización

literaria estuvo acompañado de tentativas para mantener primero, y para refundar después, una posición hegemónica y un vínculo privilegiado con lo universal (Casanova, 1999).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Anderson, B. (1996). *L'imaginaire national. Réflexions sur l'origine et l'essor du nationalisme*. [Traducción de E. Dauzat]. París: La Découverte.
- Boudrot, P. (2007). *L'écrivain éponyme, histoire sociale et culturelle des sociétés prenant nom d'écrivain en Occident de la Révolution française aux lendemains de la Seconde Guerre mondiale*. Tesis doctoral. París: Université de Paris-I.
- Casanova, P. (1999). *La République mondiale des Lettres*. París: Le Seuil.
- Charle, C. (1998). Champ littéraire français et importations étrangères : la naissance du nationalisme littéraire. En C. Charle, *Paris, fin de siècle* (p. 177-198). París: Le Seuil.
- Espagne, M. (2000). *Les transferts culturels franco-allemands*. París: PUF.
- Fouillée, A. (1898). *Les études classiques et la démocratie*. París: A. Colin.
- Habermas, J. (1962). *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*. Neuwied: Luchterhand.
- Habermas, J. (1993). *L'espace public : Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*. París: Payot.
- Heinich, N. (2005). *L'élite artiste, excellence et singularité en régime démocratique*. París: Gallimard.
- Herder, J. G. (1777). Von der Ähnlichkeit der mittleren englischen und deutschen Dichtkunst. En J. G. Herder, *Sämtliche Werke*, vol. 9 (p. 522-535).
- Mollier, J.-Y. (2008). À l'heure des groupes de communication planétaire. En J.-Y. Mollier (dir.), *Édition, presse et pouvoir en France au XIX^e siècle* (p. 395-429). París: Fayard.
- Nisard, D. (1854). *Histoire de la Littérature française*, I. París: Didot.
- Pénisson, P. (1988). Quinet, Michelet et l'Allemagne. *Revue de Synthèse*, 2, 247-263.
- Pénisson, P. (1992). *Johann-Gottfried Herder: La raison dans les peuples*. París: Éditions du Cerf.
- Staël-Helstein, G. de (1800). *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales*. París: Maradan.
- Thérenty, M.-E. (2001). *1836, l'an I de l'ère médiatique. Analyse historique de La Presse de Girardin*. París: Nouveau Monde Éditions.
- Thérenty, M.-E. (2004). *Presse et plumes. Journalisme et littérature au XIX^e siècle*. París: Nouveau Monde Éditions.
- Thiesse, A. M., y Vaillant, A. (1999). *La création des identités nationales. Europe XVIII^e-XX^e siècle*. París: Le Seuil.
- Wilfert, B. (2002). Cosmopolis et l'homme invisible. Les importateurs de littérature étrangère en France (1885-1914). *Actes de la recherche en sciences sociales*, 144, 33-46.

NOTA BIOGRÁFICA

Anne-Marie Thiesse es investigadora senior en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Su grupo de investigación «Transferencias culturales», pertenece a la École Normale Supérieure. En los últimos años ha sido profesora visitante en varias universidades como Lausana, Cambridge, Amsterdam, Saarbrücken, JNU Delhi, Ginebra y Hanoi. Sus campos de investigación son: identidades nacionales y regionales en Europa; identidad europea, y ficción y cultura de masas en la Europa contemporánea.

